

Todo acabó esa primavera de mayo

Eduardo Escobar

Hace días, el joven redactor de una revista de cierto prestigio me preguntó qué opinión tenía, y cómo había vivido la gran fiesta colectiva de mayo del 68, porque eso fue, una fiesta callejera y multitudinaria, y lo percibí de repente como el broche de cierre de la fábula de la última esperanza, y como un descalabro en cabeza propia. Y así se lo dije con honestidad. Y recordé a Rudi Dutschke, el joven anarquista alemán, sobreviviente a un atentado, en abril de 1968, y muerto en 1979 en su bañera durante un ataque epiléptico. Un mes después del atentado, estallaba París y las paredes se llenaron de consignas extrañas: prohibido prohibir, la imaginación al poder.

8

El sueño de una revolución pacífica de los niños de las flores comenzó y terminó frustrándose esa primavera de París. El idealismo del gran movimiento de baladistas anglosajones que contagió al mundo entero con sus rimas, se unió al pragmatismo marxista formando una sopa inesperada. Y el repudio de la violencia, siguiendo los mandatos de la inacción creadora de Lao Tse y la caridad de Jesús y la resistencia pacífica de Gandhi, se contaminó con la noción de una ira legítima que levantó los adoquines de la ciudad luz y confrontó a la policía francesa en las universidades de la patria de Descartes y Voltaire. El intento tuvo la belleza del fracaso, sin embargo.

Como cuando en los días de la Comuna, Carlos Marx esperó en vano que los campesinos apoyaran el levantamiento obrero, los líderes del mayo francés se quedaron esperando que los trabajadores industriales participaran en la sublevación. Pero el partido comunista francés se alineó contra la efervescencia juvenil que acom-

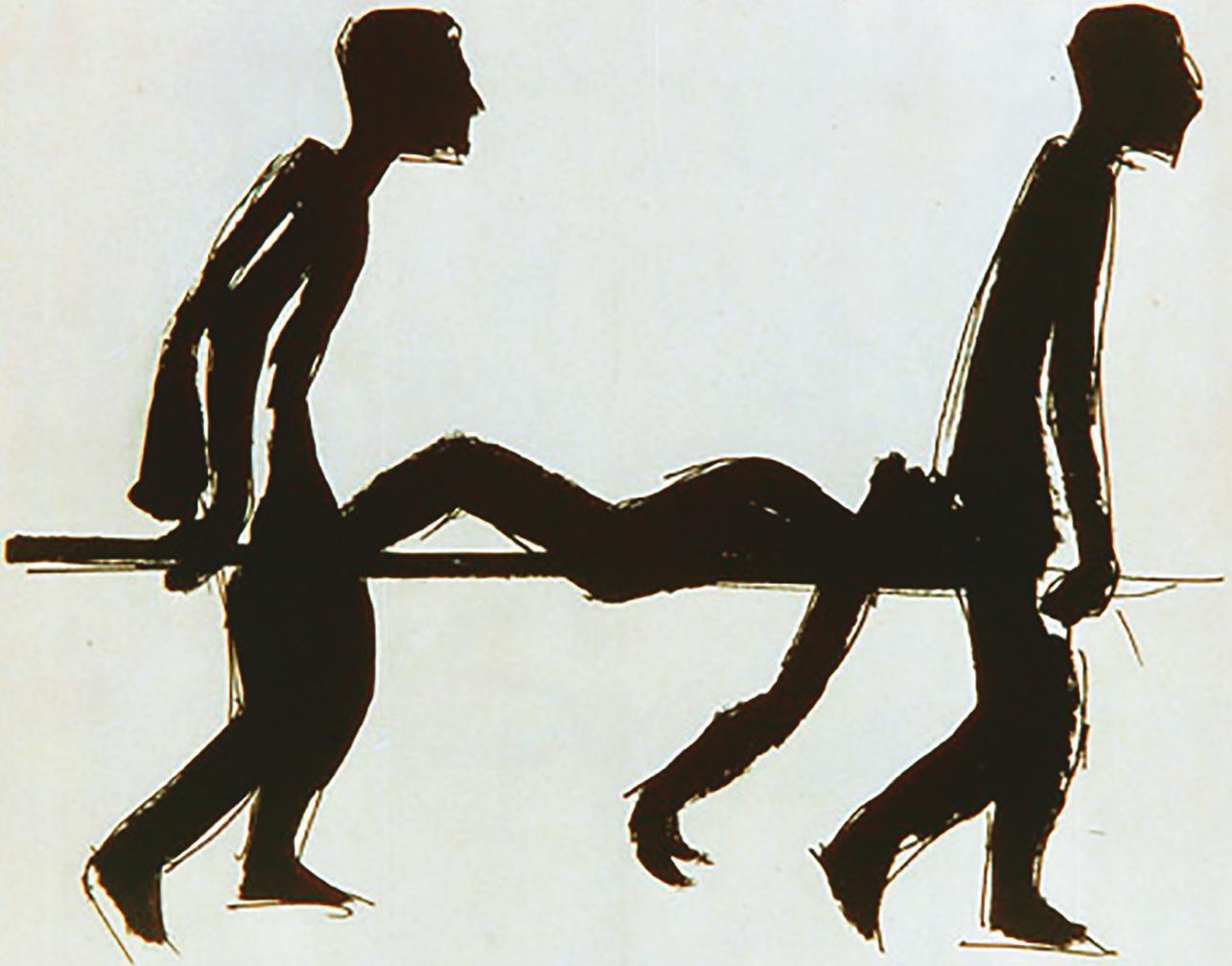
pañaba, más bien simbólicamente, un anciano venerable, un hombre decrepito llamado Jean Paul Sartre, uno que afirmaba que la Renault era el fascismo y que quien no fuera comunista era un perro y que odiaba a De Gaulle.

El gran movimiento coincidió relativamente con la muerte infeliz del patético Che Guevara en Bolivia que convertiría en un falso Cristo a un sicópata argentino, y con el crimen convertido, no en una de las bellas artes sino en una vil artesanía por la pandilla del (nombrado por un poeta nadaísta genocida de Cielo Drive) hombrecito insignificante llamado Manson que quiere decir, ni más ni menos, si mi pobre inglés no me traiciona, el Hijo del Hombre. Manson, el vástago desadaptado de una prostituta, que había pasado su última infancia en los reformatorios, aspiraba a fomentar, por el desorden, una gran revuelta de los negros contra los blancos ricos de los Estados Unidos.

Por raro que parezca, aquellos años, que fueron calificados de maravillosos por los sociólogos, habrían de ser también los más violentos del siglo xx, afirma la estadística. Detrás de las guitarras y las diademas de margaritas, bullía el escandaloso malestar de la cultura. En medio de una prosperidad como no había conocido civilización alguna en la historia de la humanidad, *urticaba* el sinsentido. Por alguna razón poética, poco más tarde los norteamericanos pisaron la superficie lunar, iniciando la fuga del hogar del origen hacia las estrellas del porvenir. Y sellando la superioridad de la técnica sobre las ruindades de la política.

En la feliz confusión de aquel mayo, el comisario máximo del partido comunista francés dijo

L'ORDRE



REGNE

L'ordre régne (El orden reina). Serigrafía en negro y rojo

despectivamente que Daniel Cohn Bendit, el Rojo, era un simple judío alemán. Olvidando que Marx también era un judío alemán. Y los estudiantes alzados le respondieron al burócrata de izquierda que, en ese caso, todos eran judíos alemanes de ocasión.

Francois Truffaut, icono de la cinematografía aquellos años, autor de un cine tranquilo y profundo, dudó si ponerse del lado de los policías franceses, proletarios, o de los estudiantes, burgueses acomodados, en una insulsa simplificación de las cosas. Pero estos declararon, pues tenían una respuesta para todo, que no se podía confiar en alguien que tuviera más de treinta años.

Los jipis huían de la prosperidad de sus hogares a la incomodidad de los suburbios donde instalaron sus carpas, tocaron las dulzainas de los antiguos esclavos, sembraron lechugas y leyeron a William Blake y a Rimbaud. Algunos han visto en la época la tiranía de la adolescencia. Esos días, cuando los adolescentes de las ciudades capitalistas descubrieron el poder de comprar y el hastío de las sociedades de consumo, la época presentaba todos los síntomas de esa edad conflictiva y cándida en sus propósitos y sus métodos. Y los universitarios de los países desarrollados amasaron en el mismo bollo increíble el pensamiento económico de Marx, y con la última filosofía de Herbert Marcuse, los galimatías simbólicos del judío Freud. Liberación fue la palabra de moda, el emblema de la utopía.

El rechazo a los padres, la crítica de la autoridad, el derecho a soñar eran la orden del día. Todo estaba lleno de inocencia en medio de un gran desgreño. Los jipis alrededor de las hogueras de las comunas de la familia abierta proclamaban una nueva sensibilidad. Contra el matrimonio burgués el amor libre, contra el trabajo el ocio creativo, contra la guerra la ternura. "Toda tierra es Tierra Santa", proclamó Timothy Leary, el profeta del ácido lisérgico, que primero quiso

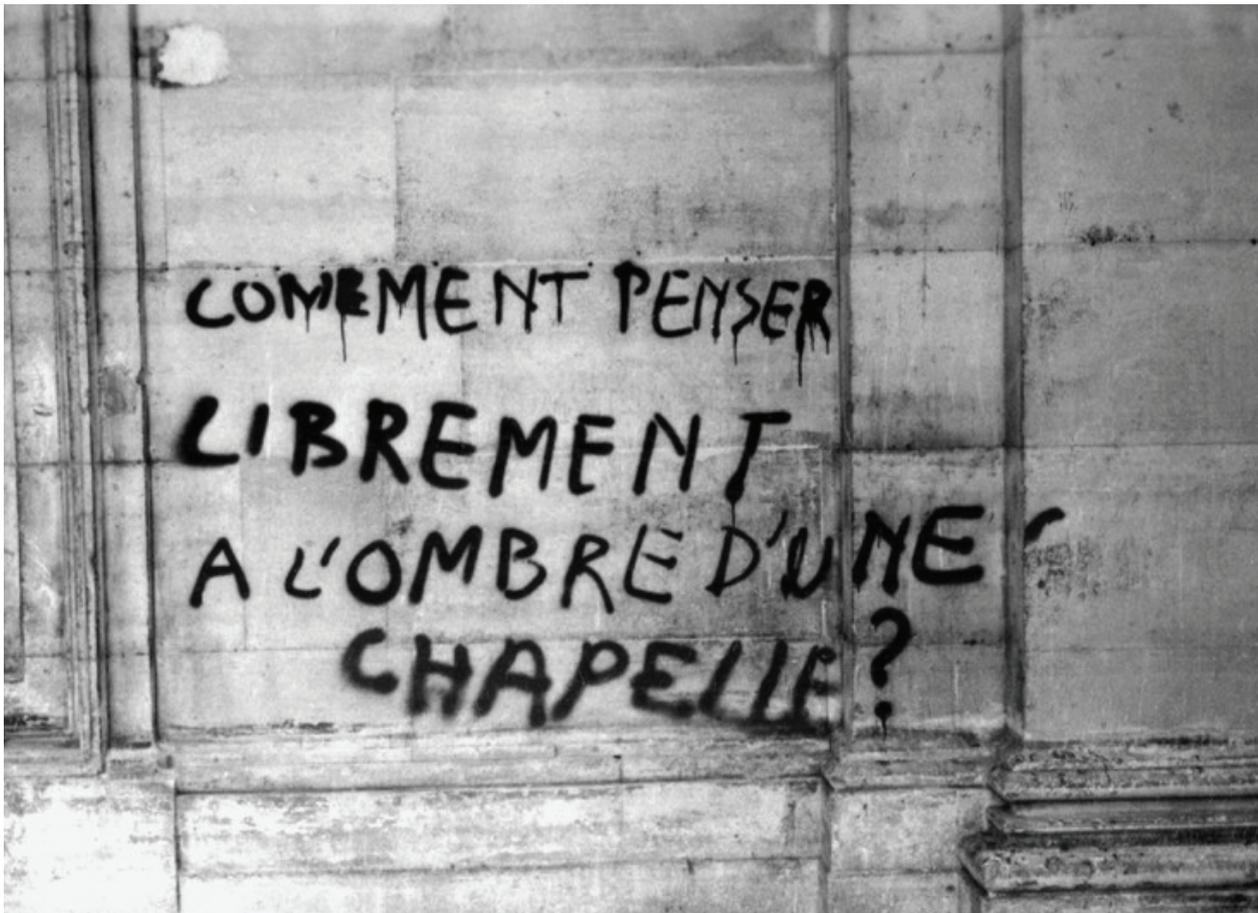
convertir el LSD en la base eucarística de una nueva iglesia de la paz y el hedonismo y después se vio obligado a esconderse en Méjico de las autoridades norteamericanas.

Nada era nuevo, aunque todo parecía novedoso. Visto con la perspectiva de la nostalgia, mayo del 68 reeditó por alguna razón oscura, en el siglo xx, las experiencias de ciertos heterodoxos medievales espantados por la hipótesis de un apocalipsis quimérico. Con una diferencia: los niños de los años 60, entre quienes me conté, sobrevivimos al espanto de la amenaza, más real, de una guerra atómica, y también estábamos llenos de esperanza, pero no en el cielo prometido por la metafísica, sino en la tierra reconvertida en edén por la desnudez y una nueva inocencia que aspiraba a la vida con sentido, si había que sacrificar los sortilegios de la sociedad de consumo.

El poder de los adolescentes se manifestó como frenesí, en San Francisco, Nueva York, en las temibles guardias rojas de Mao que revolcaron China, en los primeros héroes de la resistencia a la policía estalinista en Europa Oriental, en los motines universitarios en Estados Unidos, en las pandillas del Poder Negro y en las brigadas rojas italianas y alemanas de un idealismo asesino. Y en Colombia, claro, hicimos la caricatura de todo, en los suburbios de la civilización. Y los poetas nos dedicamos a producir una cantidad aterradora de poemas militantes que al fin no beneficiaron ni a la poesía ni al futuro intuido.

El jolgorio, dije por fin con desilusión, degeneró en pánico. En homicidas seriales como Charles Manson, adoradores del diablo, o como la banda alemana de Baader-Meinhof. Y en los yupis que siguieron: pragmatismo rampón y entrega vulgar al enemigo de la comodidad. Y el resto, lo callo por pudor.

A pesar de las miserias, quedaron sentadas unas pocas cosas. Le dije al joven reportero, a



Comment penser librement à l'ombre d'une chapelle? (¿Cómo pensar libremente a la sombra de una iglesia?) Anónimo. La Sorbona

modo de consuelo. Los pobres dejaron de ser una fatalidad teológica para ser un problema moral. Dije. Y cambiaron las relaciones entre los hombres y las mujeres y entre los padres y los hijos. A pesar del sentimiento de frustración, muchas cosas ya no son como antes y no volverán al estado anterior.

El mundo enfrenta hoy otros peligros: el empobrecimiento ambiental, el envilecimiento creciente de las masas consumistas de las megaciudades, la amenaza del hambre, la crisis energética, el terrorismo religioso, las guerras de contratistas, las corrupciones de las élites. Y la mezquindad de una sociedad estragada por la insensibilidad del mercado y la brutalidad financiera. Incapaz de desesperar. Sumida en la inconsciencia de los artilugios electrónicos.

Mayo del 68 es ahora apenas el último capítulo de una crónica que narraremos a nuestros nietos sin remordimientos. Con el orgullo de haber aspirado a lo imposible.

Eduardo Escobar es poeta, narrador y ensayista. Ha publicado, entre muchos otros, los libros: *Ensayos e intentos*; *Las rosas de Damasco*; *Fuga canónica, crónica-ensayo sobre el Chapín Quevedo*; *Prosa incompleta*; *Cuatro poemas ilustrados*; *Cuando NADA concuerda* y *Cabos sueltos, la lectura como pecado capital*. Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar, es colaborador habitual de los periódicos *El Tiempo* de Bogotá, *El País* de Cali y *El Colombiano*, así como de distintas revistas culturales y literarias. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.